

Kaiser Kuo

China está aquí para liderar, no solo para quedarse

sinpermiso, 27 de diciembre de 2025.

El gran ajuste de cuentas: lo que Occidente debería aprender de China

El mundo se siente inestable, como si la propia historia estuviera cambiando de ritmo. Los hitos familiares de la era moderna se están difuminando, desvaneciéndose, y las historias que una vez nos contamos a nosotros mismos sobre el progreso y el poder ya no se ajustan claramente al terreno que tenemos ante nosotros. Lo que estamos viviendo parece, con cada nuevo día, menos un reajuste pasajero del poder, menos una realineación momentánea de las naciones. Percibimos algo más profundo y duradero: una transformación cuyos contornos apenas estamos empezando a discernir. La historia ya no se siente como algo que se desarrolla detrás de nosotros, sino como algo que se precipita hacia nosotros, urgente e imposible de ignorar.

El historiador económico Adam Tooze, reflexionando sobre su reciente y intensa relación con China, me lo expresó en julio con su característica franqueza: «China no es solo un problema analítico», [dijo](#). Es «la llave maestra para comprender la modernidad». Tooze calificó a China como «el mayor laboratorio de modernizaciones organizadas que ha existido o existirá jamás a este nivel [de] organización». Es un lugar donde las historias industriales de Occidente se leen ahora como prefacios de algo más grande.

Su observación va al corazón de lo que hace que este momento sea tan difícil de procesar. Hemos sido testigos no solo del auge de otra gran potencia, sino de un desafío fundamental a las suposiciones arraigadas desde hace tiempo en el pensamiento occidental sobre el desarrollo, los sistemas políticos y los logros de la civilización en sí. Simplemente, aún no hemos encontrado el valor intelectual para afrontarlo.

Este ajuste de cuentas afecta a toda la humanidad, pero recae con especial dureza sobre el mundo desarrollado y, sobre todo, sobre Estados Unidos, donde las suposiciones sobre el excepcionalismo y la jerarquía están más expuestas y se niegan con mayor vehemencia. El conocido planteamiento de que China está «en ascenso» o «poniéndose al día» ya no se sostiene. China está ahora configurando la trayectoria del desarrollo, marcando el ritmo económico, tecnológico e institucional. Para los estadounidenses en particular, el choque psíquico más profundo radica en el reconocimiento de que la modernidad ya no es algo que ellos crearon y que otros simplemente heredan. Esa historia ha dejado de ser útil.

La negación, la evasión y la reacción exagerada y ansiosa que se ven tan a menudo en el discurso occidental son síntomas de esa dislocación. Sin embargo, la renuencia a reconocer este cambio va más allá de los gobiernos, las narrativas de los medios de comunicación o el consenso de los expertos. Incluye a personas que han pasado años reflexionando sobre estas cuestiones. Yo he sido tan susceptible como cualquiera: moderando las grandes afirmaciones, cuestionando las implicaciones, permaneciendo en un territorio más seguro incluso cuando las pruebas apuntaban en esta dirección desde hacía tiempo. Siempre hay un «pero» cuando se trata de reconocer los logros de China, un reflejo de marcar los costes y enumerar los fallos, de retroceder justo cuando la magnitud de la transformación se hace evidente.

Ahora creo que el mayor riesgo radica en decir demasiado poco.

Este ensayo no repite la conocida lista de detalles sobre China —restricciones al pluralismo político y a los medios de comunicación independientes; amplios poderes de seguridad y detenciones preventivas; presión sobre la expresión religiosa y étnica; y episodios de coacción extraterritorial—, no porque esas preocupaciones sean triviales, sino porque la tarea aquí es diferente. Todos hemos aprendido a recitar esa letanía, como una forma de protegernos de lo que podría implicar una comparación real. El objetivo aquí es afrontar, con honestidad intelectual, lo que los logros de China nos obligan a reconsiderar sobre la modernidad, la capacidad del Estado, las formas de legitimidad política y nuestras propias complacencias. Reconocer los costes reales puede coexistir con tomarse en serio la magnitud de la transformación. Este argumento nos pide que afrontemos directamente lo que se ha logrado y luego nos midamos a nosotros mismos en relación con ello.

Y permítanme ser claro: este reconocimiento no es una rendición. No es un argumento para abandonar los valores liberales, declarar la superioridad de los sistemas autoritarios o imitar servilmente las características de la gobernanza china. Es, más bien, un llamamiento a realizar el tipo de evaluación franca y sobria que requiere la confianza genuina: la voluntad de reconocer directamente los retos, de aprender de los éxitos de los demás, incluso cuando estos perturban nuestras suposiciones, y de fortalecer nuestras propias instituciones mediante el reconocimiento lúcido de sus deficiencias, en lugar de negar defensivamente sus fracasos.

La democracia liberal está atravesando una profunda crisis, pero esa crisis no tiene por qué ser terminal. La cuestión es si la afrontaremos con el riguroso examen de conciencia que históricamente ha permitido la renovación democrática, o si volveremos a refugiarnos en los reconfortantes mitos que nos han cegado tanto ante nuestras debilidades como ante las fortalezas de nuestros rivales.

La magnitud que nos cuesta asimilar

Si queremos ser sinceros, debemos hacer balance de lo que China ha logrado en términos humanos. Las cifras son asombrosas, pero por sí solas no pueden captar su importancia. Según el Banco Mundial, desde principios de la década de 1980, China ha sacado de la pobreza extrema a casi 800 millones de personas,¹ lo que representa aproximadamente tres cuartas partes de la reducción mundial de la pobreza durante ese periodo. La esperanza de vida en China, que en 1960 era de solo 33 años, alcanzó los 78 en 2023;² la esperanza de vida al nacer en Estados Unidos en 2023 era de 78,4 años.³ Casi todos los hogares de China tienen acceso a la electricidad desde hace aproximadamente una década.⁴ La matriculación en la enseñanza secundaria es ahora casi universal.⁵ La renta per cápita ha pasado de unos pocos cientos de dólares al inicio de la reforma a finales de la década de 1970 a más de 13 000 dólares en la actualidad.⁶

Pero quizás lo más revelador de la dificultad para procesar la magnitud es lo que ha ocurrido en el sector energético. China representa ahora más de la mitad de la capacidad solar⁷ y eólica⁸ instalada en todo el mundo. Aproximadamente tres cuartas partes de todos los proyectos de energía renovable actualmente en marcha en todo el mundo se encuentran en China o están impulsados por contratistas chinos.⁹ Alrededor del 30 % de las emisiones globales provienen de China,¹⁰ pero también lo hace gran parte del crecimiento de la tecnología de descarbonización. China ha transformado la transición energética mundial al demostrar que un despliegue masivo y rápido puede hacer que las energías renovables sean competitivas en términos de costes en todo el mundo.

Independientemente de lo que se piense del sistema político chino, estas son las características distintivas no de un Estado fallido, sino de una sociedad cuyo pueblo, en muchos aspectos, está prosperando como nunca antes.

El reto intelectual del reconocimiento

La magnitud de la transformación de China plantea lo que podría denominarse el reto intelectual del reconocimiento. Incluso aquellos de nosotros que hemos seguido de cerca a China y nos enorgullecemos de haber superado los prejuicios occidentales, hemos tenido dificultades para asimilar plenamente lo que estamos presenciando. Los marcos familiares —las trampas del ingreso medio, la fragilidad autoritaria, la inevitable convergencia con las normas liberales— ofrecen un consuelo cognitivo, aunque no logran explicar lo que realmente está sucediendo.

El historiador intelectual Joseph Levenson, en su obra magna *Confucian China and Its Modern Fate* (1958-1965), argumentó que la búsqueda de China era encontrar un camino que pudiera proporcionar riqueza y poder de una manera auténticamente china y objetivamente eficaz. Durante más de un siglo, los intelectuales chinos se enfrentaron a este reto: cómo alcanzar la modernidad sin perder la identidad cultural, cómo hacerse poderosos sin abandonar lo que hacía a China distintiva.

Es posible que ese capítulo histórico esté llegando a su fin. China parece haber encontrado ese camino. El sistema que impulsa su éxito es una aleación extraordinariamente compleja de confucianismo, leninismo, autoritarismo tecnocrático, capitalismo de Estado y mecanismos de mercado. Sin embargo, según las numerosas conversaciones que he mantenido con intelectuales chinos, estos reconocen ahora que China ha alcanzado la riqueza y el poder de una manera claramente china. Si el marco de Levenson es correcto, no solo estamos presenciando el auge de China, sino también su graduación de la búsqueda central que definió su historia moderna.

Sin embargo, incluso dentro de China, esta transición —de la búsqueda de la modernidad a su realización— sigue siendo difícil de aceptar por completo. Muchos intelectuales chinos con los que he hablado o cuyos escritos he leído, por muy patriotas y seguros que estén de los logros de su país, siguen sin estar preparados para asumir lo que esos logros significan.

La idea de que China ha pasado de ponerse al día a redefinir el propio desarrollo desafía los hábitos mentales formados a lo largo de generaciones. Para los intelectuales condicionados a ver a Occidente como un punto de referencia permanente —aunque lo vean de forma crítica—, la perspectiva de que China pueda ahora establecer las condiciones en lugar de responder a ellas exige una reorientación fundamental que aún no se ha producido plenamente.

La aparente resolución de la búsqueda moderna de China tiene profundas implicaciones. Si China ya no busca su camino hacia la modernidad, sino que se ha convertido en uno de los principales arquitectos de la modernidad, entonces las preguntas que durante mucho tiempo han organizado nuestro pensamiento sobre China —¿Se democratizará? ¿Convergerá con las normas occidentales? ¿Cuándo le alcanzarán las contradicciones?— pueden ser preguntas totalmente erróneas.

Pero si China realmente ha superado su búsqueda central, deben surgir nuevas preguntas. Los intelectuales chinos se enfrentan a retos que no tienen precedentes modernos: ¿En qué tipo de potencia global debe convertirse China? ¿Cómo debe una civilización que ha recuperado la confianza en su propio camino relacionarse con un mundo que sigue organizado en torno a las instituciones y los supuestos occidentales? Los líderes chinos hablan de construir una «comunidad de destino

común para la humanidad», pero el significado práctico de tales conceptos sigue siendo deliberadamente vago. Las preguntas más profundas son aún más difíciles: ¿puede una civilización que nunca ha encajado cómodamente en el orden westfaliano encontrar la manera de funcionar dentro de él, o tratará de remodelar las propias normas? ¿Cómo puede un país que ha alcanzado la prosperidad gracias al desarrollo impulsado por el Estado compartir ese modelo sin parecer que compromete la soberanía de los demás? Estas son las preguntas que preocupan hoy en día a los estrategas chinos, preguntas que no tienen que ver con ponerse al día, sino con liderar de forma responsable.

Las preguntas a las que se enfrenta ahora Occidente son igualmente difíciles, si no más: ¿cómo es la modernidad cuando ya no es exclusivamente occidental en su concepción? ¿Cómo entender el desarrollo cuando el modelo más exitoso no se ajusta a los supuestos de la democracia liberal? ¿Qué sucede cuando la segunda economía más grande del mundo funciona según principios que trastocan las creencias occidentales fundamentales sobre cómo se alcanza y se mantiene la prosperidad?

El marco de Levenson ofrece también una perspectiva para comprender la difícil situación actual de Estados Unidos. Según su formulación, una civilización es estable cuando lo que es *mío* (*meum*) y lo que es *verdadero* (*verum*) permanecen en armonía, cuando los supuestos heredados de una sociedad sobre cómo funciona el mundo se alinean con la realidad observable. La inestabilidad surge cuando estos dejan de estar alineados, cuando lo que la tradición insiste en que debe ser verdadero ya no concuerda con lo que se puede ver claramente. Esta fue la crisis de China tras las Guerras del Opio: el doloroso reconocimiento de que las certezas confucianas sobre la centralidad y la superioridad civilizatoria de China no podían explicar la presencia de cañoneras occidentales en el río Perla. China tardó casi dos siglos de agitación intelectual, experimentación política y transformaciones a menudo violentas en resolver esa tensión.

La pregunta ahora es si las conmociones más recientes provocadas por el auge de China —menos violentas, pero no menos perturbadoras para los supuestos fundamentales— están empujando a Estados Unidos hacia un ajuste de cuentas similar. Cuando una nación que se suponía que permanecería para siempre rezagada da un salto repentino en materia de energías renovables, inteligencia artificial e infraestructuras; cuando el capitalismo autoritario demuestra ser más adaptable de lo que se había previsto; cuando «el fin de la historia» se revela como un triunfalismo prematuro, la brecha entre *meum* y *verum* se amplía. La elección, como aprendió China a lo largo de su larga y moderna odisea, está entre el doloroso trabajo de la reconstrucción intelectual y la defensa cada vez más desesperada de cómodas ilusiones.

La crisis china de mediados y finales del siglo XIX y la crisis estadounidense de principios del siglo XXI no son, por supuesto, idénticas, pero hay algunas similitudes históricas que vale la pena señalar.

En las décadas de 1860 y 1870, los reformadores chinos del Movimiento de Autofortalecimiento se enfrentaron a un desafío civilizatorio mediante la formulación de *yong* y *ti*, la idea de que China podía adoptar las técnicas y tecnologías occidentales (*yong*) y aprovecharlas para preservar su carácter esencialmente chino (*ti*).

Hoy en día, algo muy similar está ocurriendo a la inversa en todo el espectro político estadounidense.¹¹ Desde la política industrial hasta la participación directa del Gobierno en empresas estratégicas como Intel, los responsables políticos

estadounidenses adoptan cada vez más métodos que se asemejan sospechosamente al capitalismo de Estado chino, al tiempo que insisten en que están defendiendo los principios del libre mercado en lugar de abandonarlos. Tanto bajo la administración Biden como ahora en el segundo mandato de Trump, han surgido asociaciones coordinadas entre el Gobierno y la industria que representan un cambio silencioso pero decisivo. Puede que no haya habido un debate nacional al respecto, pero Estados Unidos ha entrado sin lugar a dudas en el ámbito de la política industrial que antes desdeñaba.

Sin duda, Estados Unidos lleva mucho tiempo practicando formas de política industrial, desde la construcción de ferrocarriles transcontinentales hasta el Proyecto Manhattan y la carrera espacial, pero generalmente lo ha hecho insistiendo en que se trataba de otra cosa. Durante décadas, la ortodoxia económica estadounidense consideró la planificación estatal como ineficaz y antiamericana, y se burló de los modelos de desarrollo de otras naciones —ya fuera el auge de Japón a través de su Ministerio de Comercio Internacional e Industria, la coordinación de los chaebol o conglomerados en Corea del Sur o el capitalismo de Estado de China— como violaciones de la fe en el libre mercado. Sin embargo, con la Ley CHIPS y Ciencia de 2022, la Ley de Reducción de la Inflación de 2022 y ahora el resurgimiento explícitamente proteccionista de Trump de la economía impulsada por el Estado, Estados Unidos ha abandonado esa pretensión. Lo que antes marcaba la frontera ideológica entre «nosotros» y «ellos» se ha disuelto silenciosamente. Al igual que los reformistas chinos argumentaron en su día que podían tomar prestados selectivamente los métodos occidentales sin comprometer la civilización china, los líderes estadounidenses afirman ahora que pueden adoptar la intervención estatal al estilo chino sin traicionar los valores estadounidenses. La historia sugiere que estos experimentos de préstamo selectivo rara vez son tan ordenados como imaginan sus artífices.

China no causó la crisis de Estados Unidos

Al igual que los historiadores de la China moderna han revisado sabiamente en las últimas décadas el antiguo paradigma de impacto-respuesta que una vez dominó las narrativas del «encuentro de China con Occidente» —pasando de limitarse a registrar un choque externo a centrarse en los factores internos chinos que dieron forma a la transformación del país—, también los estadounidenses y otros occidentales deberían resistir la tentación de atribuir el malestar actual de Estados Unidos principalmente a la provocación china. Las semillas de la inseguridad se sembraron mucho antes: los atolladeros de las guerras de Afganistán e Irak, la crisis financiera de 2008, la polarización y la parálisis de Washington, el vergonzoso espectáculo del ataque al Capitolio el 6 de enero de 2021 y el visible desgaste de la cohesión cívica.

Pero China ha magnificado esa duda, y lo ha hecho de forma inquietante. Ver a un rival construir, educar e innovar a la escala que lo ha hecho China pone de relieve la disfunción de Estados Unidos. Cada colapso de las infraestructuras, cada disputa sobre la financiación básica, cada cierre del Gobierno se nota más en contraste con la rápida y amplia transformación de China.

Lo que podría haber sido otra temporada de introspección estadounidense se ha transformado en algo más agudo: el doloroso reconocimiento de que otro sistema, por muy defectuoso que sea, ha dado resultados a una escala que Estados Unidos no ha logrado. Para mí, como estadounidense, esto es motivo de una angustia nada desdeñable.

No me complace ver en lo que se ha convertido mi país, una nación que amo, desgarrada por un tribalismo político tan intenso y tóxico que me temo que puede ser irreparable, al menos en la próxima y crítica década.

Pero para hacer frente a esta crisis es necesario mirar de frente lo que parece tan inquietante del éxito de China. Como ha observado Chas W. Freeman, un diplomático estadounidense de alto rango ya jubilado, «los estadounidenses muestran ahora una extraña combinación de inseguridad, complacencia y arrogancia», una mezcla que ha impedido el tipo de evaluación lúcida que requiere el momento.

Parte de lo que molesta a Estados Unidos es, incómodamente, racial. Sería sorprendente que no fuera así. El ocaso del privilegio blanco en un país cada vez más diverso se refleja en el ocaso de la hegemonía estadounidense en un mundo cada vez más multipolar. Al igual que el etnonacionalismo blanco representa una respuesta irracional a la percepción de la erosión del privilegio blanco a nivel nacional, el giro hacia una nueva Guerra Fría representa una respuesta irracional a la percepción de la erosión del privilegio estadounidense a nivel mundial.

Pero la raza es solo una corriente en una marea más amplia. Para entender por qué China es un hueso duro de roer, hay que apreciar el profundo desafío psicológico que plantea a la identidad estadounidense. Durante generaciones, los estadounidenses han vivido una historia nacional que les aseguraba que siempre serían los primeros en los ámbitos más importantes: innovación, tecnología, poderío militar, dinamismo económico y magnetismo cultural. Los logros de China han socavado sistemáticamente uno tras otro los pilares del excepcionalismo estadounidense. Las jerarquías profundamente arraigadas y a menudo inconscientes siguen situando a Occidente como normativo y a los demás Estados como derivados. El momento del reconocimiento y el reajuste requiere enfrentarse a esos reflejos.

Antes era axiomático que una economía de mercado dinámica requiera una democracia liberal; China ha demostrado que el capitalismo autoritario también funciona. Se creía que las redes sociales liberarían inevitablemente a los súbditos de las autocracias; luego, la Primavera Árabe se esfumó, Edward Snowden replanteó los debates sobre la vigilancia y la política de plataformas se desvió en casa. Se asumía que la innovación genuina requería libertad política; luego, las empresas y los laboratorios chinos comenzaron a producir resultados de clase mundial mientras operaban dentro de un ecosistema de información muy diferente. Cada inversión socava el dogma. Cada sorpresa agrava el impacto.

El discurso occidental atribuye sistemáticamente los logros de China a su tipo de régimen, en lugar de a sus capacidades sustantivas. Los avances de Tencent, BYD, Huawei o el ecosistema de hardware de Shenzhen se suelen explicar como resultado de las imposiciones del Estado, en lugar de la brillantez del diseño o la velocidad sin igual de la fabricación en el mismo lugar. Esa simplificación del contexto alimenta la sensación de que el ascenso de China es, de alguna manera, una afrenta a cómo debería funcionar el mundo, en lugar de una prueba de que el mundo funciona de forma diferente a lo que se suponía.

El espejo del clima

Ningún problema global refleja este gran ajuste de cuentas de forma más cruda que el cambio climático. Surge un patrón fundamental: las pruebas se acumulan más rápido que nuestra voluntad de asimilarlas, las narrativas están diseñadas para

tranquilizar en lugar de esclarecer, y existe un rechazo colectivo a revisar las suposiciones que ya no se ajustan al mundo en el que vivimos.

Los paralelismos son profundos. En lo que respecta al clima, vemos cómo el humo de los incendios forestales asfixia nuestras ciudades, cómo las inundaciones que antes se producían una vez cada siglo llegan ahora cada pocos años, cómo los océanos se calientan y se acidifican a un ritmo alarmante... y aún así apartamos la mirada, buscando razones para retrasar, desviar o descargar la responsabilidad. En China, las infraestructuras crecen a escala continental, se acumulan los avances tecnológicos, la capacidad de energía renovable se duplica y redobra, y aún así encontramos formas de justificarlo, minimizarlo, ridiculizarlo como exceso de capacidad y predecir su inminente desmoronamiento. Algunos incluso descartan estos avances como un engaño. En ambos casos, preferimos la comodidad de las historias familiares a la incomodidad de un auténtico ajuste de cuentas.

La simetría es aún más profunda. El cambio climático nos ha obligado a todos a enfrentarnos a los límites del dominio humano sobre la naturaleza, la presunción de la Ilustración de que los seres humanos podían aprovechar las fuerzas naturales sin consecuencias. El auge de China nos obliga a enfrentarnos a los límites del dominio occidental sobre la modernidad: la potente presunción de que solo el capitalismo democrático liberal podía proporcionar prosperidad e innovación sostenidas. Ambos acontecimientos exigen que abandonemos las ilusiones y afrontemos el mundo tal y como es. Ambos revelan lo frágiles que se han vuelto nuestras certezas heredadas y lo peligroso que puede ser negarlas.

El clima también pone de manifiesto otra cosa: el cambio en lo que constituye la legitimidad política en el siglo XXI. Si antes la legitimidad se basaba principalmente en procedimientos y formas —constituciones, elecciones, parlamentos—, ahora se basa cada vez más (aunque no de forma exclusiva) en los resultados. ¿Qué podría ser más importante que la capacidad de salvaguardar la habitabilidad del planeta?

En este sentido, la paradoja de China resulta instructiva. China es a la vez el mayor emisor de carbono del mundo y el mayor constructor de capacidad de energía renovable; cada año instala más energía solar y eólica que el resto del mundo. Esa contradicción encierra una lección: la legitimidad en este siglo no derivará de la pureza ideológica, sino de la capacidad desordenada, desigual y urgente de cumplir. Los sistemas no se juzgarán por la elegancia de sus teorías, sino por su capacidad para hacer frente a los retos existenciales.

Para los estadounidenses, el contraste es profundo. Mientras ellos discuten sin cesar sobre oleoductos y líneas de transmisión, China conecta redes que abarcan todo el continente. Mientras los estadounidenses se han retirado del liderazgo climático mundial —la segunda administración Trump se retiró nuevamente del Acuerdo de París y recientemente criticó duramente la energía renovable en la Asamblea General de la ONU—, China se ha convertido en el actor indispensable en la transición energética. El país que se suponía que era el problema se ha vuelto esencial para la solución, no a través de una transformación moral, sino a través de su capacidad de fabricación y despliegue.

Esto apunta a otra dimensión de la legitimidad del rendimiento que ahora debe reconocerse: la resiliencia bajo presión. Durante décadas, Estados Unidos aprovechó su dominio sobre los sistemas financieros, los cuellos de botella tecnológicos y las cadenas de suministro globales para coaccionar a sus adversarios y, en ocasiones, incluso a sus aliados. Esa influencia ya no es unilateral. China ha demostrado que puede soportar esa presión y responder de la misma manera, desde la extracción de tierras raras hasta sus avanzados insumos de fabricación.

Su respuesta a la contención tecnológica —acelerando la innovación nacional en semiconductores, inteligencia artificial y otros sectores estratégicos— revela un sistema con una notable capacidad de adaptación.

La legitimidad del rendimiento en el siglo XXI abarca, por tanto, múltiples dimensiones: la capacidad de proporcionar prosperidad y estabilidad, sí, pero también de construir a gran escala, de innovar bajo presión, de absorber la coacción económica sin doblegarse y de movilizar recursos para retos globales como la transición energética. En cada dimensión, el contraste entre la disfunción estadounidense y la capacidad china se hace cada vez más difícil de ignorar.

Estos logros se producen en un momento en el que no solo Estados Unidos, sino muchas democracias occidentales se encuentran en crisis. Esta simultaneidad plantea una pregunta incómoda: ¿la legitimidad política se reduce únicamente a la democracia procedimental? ¿O debe abarcar también el rendimiento, los resultados, la competencia y la resiliencia? ¿Pueden adoptarse las virtudes de la gobernanza tecnocrática —su eficiencia, su capacidad para planificar, construir y fabricar a gran escala— sin sucumbir a la tentación autoritaria?

La respuesta ya no es evidente. Y esa incertidumbre es en sí misma parte del ajuste de cuentas al que se enfrenta Occidente.

Señales de reconocimiento

Las señales de reconocimiento están empezando a surgir en todo el espectro político estadounidense. La fuerza más vital del Partido Demócrata puede ser [el movimiento de la «abundancia»](#) impulsado por escritores como Derek Thompson y Ezra Klein. Aunque no centran explícitamente su análisis en China, su enfoque en la capacidad del Estado, la política industrial y la necesidad de construir más y más rápido refleja claramente un reconocimiento incipiente de que el enfoque de Estados Unidos hacia el desarrollo ha sido inadecuado.

Ese reconocimiento encontró su máxima expresión en el libro del analista tecnológico y escritor Dan Wang, *Breakneck: China's Quest to Engineer the Future*, posiblemente el libro más comentado, si no el más importante, de 2025 para cualquiera que piense seriamente en la trayectoria de China. El argumento de Wang de que la tecnocracia y la gobernanza de la ingeniería han impulsado el éxito de China ha encontrado una audiencia entusiasta entre los estadounidenses que finalmente están dispuestos a afrontar lo que habían ignorado o descartado.

Aún más sorprendente es la respuesta de parte de la derecha estadounidense. Si bien gran parte del interés del movimiento MAGA por China proviene de fuentes preocupantes —la admiración por su homogeneidad étnica, sus capacidades de vigilancia, su conjunto de herramientas autoritarias—, representa un reconocimiento a regañadientes de que el sistema chino ofrece resultados de una manera que el estadounidense lo hace cada vez menos. Mientras tanto, los aceleracionistas y los empresarios tecnológicos de Silicon Valley, muchos de los cuales ahora están alineados con Trump, expresan abiertamente lo que podría llamarse «envidia de China»: el reconocimiento de que la coordinación entre los sectores público y privado de China ha producido avances que la fragmentación de Estados Unidos no ha logrado.

Quizás lo más revelador es que las encuestas recientes muestran un cambio en la actitud de los jóvenes estadounidenses hacia China.¹² Nacidos mucho después de Tiananmen y constantemente expuestos en las redes sociales a lo que un amigo llama «pornografía de infraestructura china», ven un país que cada vez se parece más al futuro que al pasado. Este cambio generacional puede resultar más

trascendental que la opinión de la élite a la hora de remodelar la respuesta final de Estados Unidos al auge de China.

En las conversaciones que he mantenido durante los últimos meses en Pekín con profesionales de diversos sectores, desde la biotecnología hasta la automoción, pasando por las energías renovables y la robótica humanoide, he escuchado variaciones de la misma observación: la transformación que ha barrido sus sectores en China durante las últimas dos décadas —o incluso solo en los últimos cinco años— sería totalmente incomprensible para cualquiera que no la haya presenciado de primera mano. Describen su regreso de conferencias en Estados Unidos o Europa sorprendidos por una desconexión: el tsunami de transformación que viene de China simplemente no se siente con una urgencia ni remotamente proporcional a la magnitud de la disrupción que se avecina.

En China, este momento se siente diferente. Entre los intelectuales y figuras culturales con los que me encuentro durante mis largas estancias allí, hay una confianza palpable que no estaba presente cuando llegué por primera vez hace décadas. Ya no se preguntan si China podrá ponerse al día. Han crecido en un país que ya es tecnológicamente avanzado, con importancia global y orgulloso de sus logros. Ven la capacidad de China para capear las guerras comerciales, dar un salto adelante en inteligencia artificial y construir infraestructuras a escala continental, y dan por sentado que China pertenece a la primera fila de naciones.

Esa confianza, aunque puede rayar en la arrogancia, es más saludable que la inseguridad que antes carcomía la psique nacional. También sugiere que tanto los líderes como los ciudadanos chinos están empezando a lidiar con lo que significa no ser una potencia emergente, sino una potencia ya consolidada, con todas las responsabilidades y expectativas que ello conlleva y todas las inquietudes que aún puede provocar en el extranjero.

Se acerca el momento de la verdad

Lo que debería derivarse de este reconocimiento no es la desesperación, sino la humildad ante la absoluta imprevisibilidad de lo que vendrá después. Si China ha desestabilizado las suposiciones heredadas de Occidente sobre el desarrollo y la gobernanza, lo mismo ocurrirá con las corrientes que surgen en todo el Sur Global, que ya están empezando a reordenar las expectativas de formas que apenas se pueden prever.

La ingenuidad tecnológica, el peso demográfico y la experimentación política surgirán de sectores que durante mucho tiempo se han descartado por considerarlos periféricos. El verdadero reto no es aferrarse con demasiada firmeza a cualquier acuerdo actual, sino cultivar la flexibilidad intelectual necesaria para adaptarse cuando el mundo cambia más rápido de lo que las teorías pueden seguirle el ritmo.

Puede que el Gran Ajuste se refiera a China en este momento, pero en el arco más amplio de la historia, se trata de mucho más: de un mundo que ya no gira en torno a centros familiares, de la necesidad de encontrar estabilidad sin el consuelo de los mitos heredados, de reconocer que las historias que algunos de nosotros nos contábamos sobre la modernidad pueden haber sido demasiado limitadas, demasiado egoístas, demasiado pequeñas para el mundo en el que realmente vivimos.

Consideremos lo que significa la trayectoria de China para los países del Sur Global a los que durante décadas se les dijo que solo había un camino hacia la prosperidad: el camino del Consenso de Washington de privatización, desregulación y gobernanza democrática. China ofrece la prueba de que otro modelo puede

funcionar: desarrollo impulsado por el Estado, planificación a largo plazo, inversión masiva en infraestructura e integración selectiva con los mercados globales, todo ello manteniendo la autonomía política. Se admire o no este modelo, su éxito es innegable y sus implicaciones se extienden mucho más allá de Asia Oriental.

Esto nos obliga a todos a reconocer que la modernidad en sí misma —todo el proyecto de desarrollo humano, progreso tecnológico y organización social que ha definido los últimos siglos— ya no es propiedad exclusiva de Occidente. El futuro se está escribiendo en múltiples lugares, según múltiples lógicas, con resultados que dificultan su fácil categorización.

Para los estadounidenses en particular, ese reconocimiento requiere abandonar la suposición de que están especialmente cualificados para liderar, especialmente posicionados para juzgar, especialmente capaces de innovar y adaptarse. Significa aceptar que su forma de organizar la sociedad, por muy preciada que sea para ellos, es uno de los varios enfoques viables para el florecimiento humano.

Sin embargo, Estados Unidos conserva profundas fuentes de fortaleza, entre las que destacan sus universidades, que siguen siendo poderosos imanes para el talento mundial incluso en medio de crecientes ataques políticos. También están las vastas comunidades de la diáspora china, cuya creatividad, movilidad y fluidez cultural forman un tejido conectivo entre mundos. No son instrumentos de ningún Estado en particular, sino participantes en un proyecto global compartido de conocimiento, invención e intercambio. En la medida en que está surgiendo una modernidad más plural, puede que sean estas comunidades, y no los gobiernos, las que la encarnen.

Aceptar a China no requiere abandonar los propios valores ni renunciar a las propias aspiraciones. Pero sí requiere que el resto de nosotros los tomemos con más ligereza, los defendamos de forma más persuasiva y demostremos su valor a través de los resultados, en lugar de las proclamas. Si la democracia liberal y el capitalismo de mercado son realmente formas superiores de organización, deberían poder demostrarlo a través de los resultados, no de la retórica.

Por encima de todo, algunos de nosotros debemos dejar de enmarcar nuestro enfoque hacia China en términos de por qué no puede durar, qué puede salir mal o cuándo las contradicciones finalmente la alcanzarán. El sistema ha funcionado. Ha dado resultados. Esperar su colapso no es una estrategia, es un mecanismo de defensa.

El Gran Ajuste es, en última instancia, una cuestión de honestidad intelectual: la voluntad de ver el mundo tal y como es, en lugar de como nos gustaría que fuera, reconocer los logros dondequiera que se produzcan y aprender del éxito, incluso cuando proviene de fuentes que nos resultan incómodas. Ajustar es resistirse a la negación, aceptar lo que ven nuestros ojos y elegir la franqueza por encima de la ilusión.

Ahí es donde debe comenzar cualquier ajuste de cuentas genuino: no con recetas políticas ni marcos estratégicos, sino con el simple reconocimiento de que el mundo ha cambiado de formas que apenas estamos empezando a comprender.

¿Qué políticas deben seguirse? No pretendo saberlo. El trabajo político solo puede comenzar después de que dejemos de mentirnos a nosotros mismos. La reflexión a la que apelo es perceptiva y psicológica, no programática. Necesitamos ver claramente los logros de China, sin el reflejo de «sí, pero» que los minimiza de inmediato, antes de poder pensar con claridad sobre lo que significan para nosotros. El problema que intento resolver es precisamente la forma de afrontarlo.

El mundo ha cambiado radicalmente. La elección, para Occidente, no es entre la resistencia y la rendición, sino entre una adaptación reflexiva y una negación obstinada, entre fortalecer nuestras instituciones mediante un autoexamen honesto o ver cómo se debilitan por nuestra ceguera voluntaria ante las nuevas realidades.

Notas

1. <https://openknowledge.worldbank.org/server/api/core/bitstreams/e9a5bc3c-718d-57d8-9558-ce325407f737/content>
2. <https://data.worldbank.org/indicator/SP.DYN.LE00.IN?locations=CN>
3. <https://www.cdc.gov/nchs/fastats/life-expectancy.htm>
4. <https://data.worldbank.org/indicator/EG.ELC.ACCS.ZS?locations=CN>
5. <https://www.statista.com/statistics/1251582/china-senior-secondary-education-enrollment-rate/>
6. <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.PCAP.CD?locations=CN>
7. <https://ourworldindata.org/grapher/installed-solar-pv-capacity>
8. https://ourworldindata.org/grapher/cumulative-installed-wind-energy-capacity-gigawatts?country=CHN~OWID_WRL
9. <https://globalenergymonitor.org/report/china-continues-to-lead-the-world-in-wind-and-solar-with-twice-as-much-capacity-under-construction-as-the-rest-of-the-world-combined/>
10. “GHG Emissions of All World Countries, 2025 Report,” European Commission. https://edgar.jrc.ec.europa.eu/report_2025
11. I am in debt to the [Robert Kapp](#), a former president of the U.S.-China Business Council, for this canny observation
12. <https://www.pewresearch.org/global/2025/07/15/views-of-china-and-xi-jinping-2025/>

Traducción de Antoni Soy Casals. Kaiser Kuo es el presentador y cofundador del podcast Sinica y profesor visitante en la Universidad de Nueva York en Shanghái.